

El Virreinato del Río de la Plata y la Revolución de Mayo

Arnaldo Ignacio Adolfo Miranda

Para el mejor estudio y comprensión de la situación institucional en la que se encontraba el virreinato de Buenos Aires será necesario abreviar en los acontecimientos que sumieron a España en la atonía e inacción, repercutiendo directamente los hechos ocurridos en la metrópoli, en nuestro territorio. Por eso nos referiremos a las corrientes de pensamiento vigentes en aquellos días, la monarquía española, los cabildos revolucionarios, y diversas conspiraciones e intrigas, para llegar a los antecedentes de las juntas de gobierno como ensayos constitucionales culminando con la significación histórica del 25 de mayo de 1810.

Nuevas corrientes ideológicas

Desde el año 1700 el Imperio Español y sus dominios ultramarinos comenzaron a ser regidos y gobernados por los monarcas de la Casa de Borbón. Dicha circunstancia, los grandes cambios operados en la geopolítica internacional a lo largo del siglo XVIII y las nuevas clases sociales que surgían vigorosas en las colonias americanas, motivarían nuevas corrientes ideológicas en el virreinato del Río de la Plata. Ya en 1774 la independencia de las colonias inglesas en el norte de América era inminente. España asistía con sumo interés a la lucha entablada en el nuevo mundo, pues ésta debilitaba a su antiguo enemigo —Inglaterra— a la vez que le permitía atender debidamente los asuntos de Indias y resolver sus conflictos de larga data con Portugal respecto de los dominios americanos¹. Esto último fue lo que verificó en 1776 —año de la independencia norteamericana—, al enviar la gran expedición militar

¹ *Caillet-Bois, Ricardo R.; «La revolución de las colonias inglesas de la América del Norte» en Historia de la Nación Argentina, dirigida por Ricardo Levene. Vol. V, 1° sección. Ed. Academia Nacional de la Historia, (en adelante A.H.N.) Buenos Aires, 1939, p. 158 y ss.*

al mando de don Pedro de Cevallos y crear el Virreinato del Río de la Plata. La decisión del gobierno español de brindar apoyo a los insurrectos norteamericanos resultaría un auténtico «boomerang» en el sentido que constituyó un factor más en la preparación de los hispanoamericanos para la lucha por su emancipación².

Otras corrientes ideológicas procedían de la Francia revolucionaria constituyendo un flujo democrático y liberal, aunque el mismo se vio atemperado por el absolutismo borbónico y el despotismo ilustrado que a esa altura constituían una tradición en la península y en sus colonias. Mientras tanto, el descontento popular en la América hispana iba en paulatino aumento conforme se acentuaba la división entre criollos y españoles. Los movimientos precursores en América provocaron no pocas insurrecciones contra las arbitrariedades y la mala administración de los funcionarios residentes. Aunque en principio estas rebeliones pretendían conseguir la modificación de ciertas ordenanzas o reales cédulas, con el correr del tiempo fueron concibiendo un fin separatista³. Por su parte, los hombres que integraron la llamada «generación de Mayo», poseedores de una sólida formación cultural, social y filosófica que obtuvieron en claustros como Lima, Córdoba o Chuquisaca, fueron irradiando sus ideas unidas a los valores propios de nuestra tierra. Todo esto provocó el nacimiento de un nuevo orden sociocultural⁴.

La monarquía española y su decadencia

Con el matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón acaecido en 1469 se sentaron las bases para la unidad de España. La política de estos dos gobernantes y sus reformas permitieron llevar a cabo con solvencia la etapa final de la reconquista (1492) y a Castilla tomar la delantera con respecto a Portugal en la expansión ultramarina⁵.

² Romero Carranza, Arturo; Rodríguez Varela, Alberto y Ventura, Eduardo: Historia Política y Constitucional Argentina (1776-1989). Ed. Círculo Militar, Buenos Aires, 1992, pp. 8 y 9.

³ López Rosas, José Rafael; Historia Constitucional Argentina. Ed. Astrea, Buenos Aires, 1970, p. 75.

⁴ Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo; Bibliotecas Públicas Municipales de la Ciudad de Buenos Aires; una historia con profundo contenido cultural. Colección Cuadernos de Buenos Aires LXII. Ed. M.C.B.A., 1996, p. 11.

⁵ Payne, Stanley G.; La España Imperial. Ed. Globus, Madrid, 1994, p. 12.

Hacia 1517, con la llegada al trono de Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico se consolidó un vasto imperio,⁶ que unido a sus dominios americanos elevó a España al rango de primera potencia mundial, posición que mantendría durante todo el siglo XVI. Ocurred la muerte del Emperador en 1556, le sucedió su hijo Felipe II quien representó la completa hispanización de la dinastía. Durante su época no se impuso coto alguno a las prerrogativas reales y las exacciones fiscales fueron en aumento, especialmente para las colonias americanas.⁷

Felipe III, quien reinó entre 1598 y 1621 no fue capaz de continuar la política dinámica de su padre mas sí sumió al imperio en una lucha absurda para recuperar todo el territorio de los Países Bajos cuyo resultado fue la bancarrota de 1607.⁸ Mientras tanto, los vastos dominios americanos continuaron subsidiando al quebrado imperio. El oro del Perú, las minas de Potosí, la mita y el yanaconazgo se fueron convirtiendo en los recursos preferidos de los nobles y burócratas de turno en la metrópoli.

Los siguientes soberanos de la Casa de Austria continuaron y agravaron incluso estos problemas, los que unidos a una administración engorrosa y con superposición de funciones no tardaron en causar caos, desorden y olvido postrante en las colonias. Así pasaron por el trono Felipe IV y Carlos II, este último débil y enfermo por ser el resultado degenerado de matrimonios endogámicos en la familia de los Habsburgo españoles durante cinco generaciones⁹. Fallecido el desdichado monarca en 1700 y sin dejar sucesión, el trono fue heredado por uno de sus sobrinos nietos descendiente de la Casa de Borbón, quien lo asumió como Felipe V.

La dinastía borbónica trajo consigo importantes reformas gubernamentales cuyo producto en el mediano plazo fue una moderada reactivación. La administración general fue saneada y en el aspecto político se intentó implantar unidad de mando en el monarca, quien tenía poderes casi absolutos.¹⁰ En el aspecto económico la supresión del sistema

⁶ *Carlos de Habsburgo, hijo de Felipe «el Hermoso» y Juana «la Loca» era nieto por línea paterna del Emperador Maximiliano I y de la Duquesa María de Borgoña, mientras que por línea materna descendía de los Reyes Católicos. Esta circunstancia lo convirtió en el soberano más poderoso y respetado de su época.*

⁷ Payne, Stanley; «La España.....», op. cit., p. 21.

⁸ *Ibidem*, p. 107.

⁹ *Figuerola y Melgar, Alfonso; «La casa de Austria en España» en Genealogía N° 20. Ed. Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, Buenos Aires, 1982, p. 71.*

¹⁰ *Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo; El Virreinato del Río de la Plata y su Capital Buenos Aires (en prensa).*

de flotas y galeones, la implantación del reglamento de «libre internación» y más hacia finales del siglo XVIII la creación del Consulado de Comercio en Buenos Aires trajeron prosperidad. Con la erección del Virreinato del Río de la Plata (1776), las victorias militares de don Pedro de Cevallos y los aciertos culturales, edilicios y sociales de sus sucesores al frente del lato territorio, la población en general vio con optimismo cómo se dejaba atrás el atraso del siglo anterior.¹¹

Pese a todo lo expuesto los reyes que siguieron a Felipe V no fueron precisamente ejemplos de virtud. El abúlico Fernando VI (1746-1759), el brillante pero absolutista Carlos III (1759-1788), autor de la real orden que expulsó a los padres jesuitas de todos los dominios hispanos en América en 1767, más las tribulaciones de Carlos IV y sus disputas con su hijo y heredero al trono (luego Fernando VII), terminaron por subsumir a la península en 1808 y la autonomía posterior de sus colonias.

Las invasiones inglesas y los cabildos revolucionarios

Cuando el 27 de junio de 1806 Buenos Aires cayó en manos de la Corona Británica —luego de la retirada del virrey Sobremonte a Córdoba—, la población sobrecogida en sus ánimos debió contemplar cómo los altos funcionarios civiles y eclesiásticos eran obligados a prestar juramento de fidelidad al Rey Jorge III convirtiéndose así nuestra ciudad en «Capital de las Colonias Inglesas del Río de la Plata». Aunque algunos como Manuel Belgrano, a la sazón secretario del Consulado, pudieron eludir el humillante compromiso aduciendo motivos de salud,¹² la indignación popular iba en aumento.

Ocurrida la gloriosa jornada de la reconquista el 12 de agosto de 1806 encabezada por Santiago de Liniers, dos días más tarde se decidió convocar a un cabildo abierto ante el vacío de poder y convencidos los vecinos principales de que sólo la iniciativa local podría resguardar a la capital virreinal contra un nuevo ataque inglés¹³. En dicho cabildo abierto tomaron parte un centenar de invitados quienes decidieron sus-

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Belgrano, Manuel; Autobiografía y otras páginas. Eudeba, Buenos Aires, 1966, p. 29.*

¹³ *Halperin-Donghi, Tulio; «Militarización revolucionaria de Buenos Aires» en El ocaso del orden colonial en América. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1978, p. 130.*